

CELCIT. Dramática Latinoamericana 391

# AUSTRALIA

Marco Antonio de la Parra

PERSONAJES: M (2) / F (1)

El Hombre

El Otro

La Mujer

El Hombre, llegando a los 50 años, bien conservado, de humor fácil, alguna vez fue atractivo, marchito, viste traje de funcionario público, un traje muy usado, las perneras brillantes, la corbata no hace juego. John Cassavetes.

El Otro, de edad difícil de precisar, quizás 40 años, enjuto, pequeño, de mirada felina, le sudan las manos, también de traje de funcionario, lleva un paquete en sus manos. John Hurt.

La Mujer, parece de casi 40 años que lleva mal, seguramente es mayor, el pelo teñido rojo, aunque a veces se ponga de buen humor es más bien melancólica, no se viste bien, labios y ojos muy pintados. Gena Rowlands.

ESPACIOS

El viaje, el café, la carretera, la casa de ella, están definidos con elementos mínimos. Todo es tan despojado como los personajes. La sensación de aridez y soledad es devastadora.

Sabor a Samuel Beckett, pero también a Sam Shepard. Actuación realista.

El trayecto insólito en un metro al fin del mundo, huyendo de algo, sin conseguir zafarse de la propia sombra. El crimen latente, la culpa por lo cometido, el dolor de no poder conseguir lo buscado, la desesperación, la imposibilidad de amar.

Tres personajes reunidos por el azar incapaces de dar un giro a sus vidas y aprovechar esa extraña noche en esa extraña Australia.

1.

*El vagón. La soledad del movimiento veloz hacia un destino predefinido.*

*Alguien sabe dónde va. Pero no El HOMBRE ni EL OTRO.*

*Pausa.*

EL HOMBRE: ¿Por qué me sigue?

*Ruido del tren. Pausa.*

¿Por qué ha llegado aquí tan lejos?

*No contesta. Las luces del exterior manchan los rostros de los dos hombres.*

Nadie llega tan lejos. O casi nadie. Nunca había visto a nadie en algún vagón de este tren. Descienden todos. Antes, contentos, con niños de la mano, con bolsas de comida. Algún borracho, una vez, se quedó dormido. Lo desperté a patadas. Apenas balbuceaba su nombre. Le dije que la próxima parada era Australia. Estaba perdido. Esa vez yo también estaba perdido. Pero yo estaba sobrio. Yo quería estar perdido. Le dije que esperara en la terminal, que los operarios del tren lo pondrían en el vagón de regreso. Vomitó sobre mis zapatos. No tenía con qué limpiarme. Estos vagones no tienen baño. Solo asientos. Asientos duros. Para pasajeros fugaces. Para estar de pie. Esta línea está abandonada de la mano de Dios. Por eso me gusta. Quiero estar lejos de Dios. ¿Me entiende? Lo más lejos posible de ese ser injusto, cruel, implacable. Dios no merece perdón de Dios. ¿Lo hiero? ¿Es usted religioso? Yo lo fui. Muy creyente. Y no hubo piedad conmigo. Ni Job. No le digo nada. Solo siento el cuchillo clavado en mi pecho atravesándome. ¿Ese es el amor de Dios? Estos vagones son duros, sucios, fríos. Este último tramo es infinito. No se ve nada. Hay un momento que salimos a la superficie. Un desierto de industrias y cementerios de automóviles. El mundo de los hombres. Lejos de Dios y de los hombres. Lo más lejos posible.

*Pausa. Ruido del tren.*

¿Dónde va? ¿Conoce a alguien en Australia? ¿Qué lleva en ese paquete? ¿Un regalo? ¿Es un sicario, un empleado, un mensajero?

*Pausa.*

¿No me va a contestar? ¿Es mudo? ¿Es extranjero? Do you speak english? ¿Parla italiano? ¿Parlez vous francais? No dice ni pío. No diga después que no intenté ser cortés. ¿Prefiere que me calle?

*Pausa.*

Lo entendería. Haga un gesto con la cabeza. Muévela así si es sí. Muévela así si es no.

*Pausa.*

A mí tampoco me gusta que me hablen en los viajes largos. No estoy intentando abrir una conversación. Solamente estoy extrañado de encontrármelo. ¿Me entiende?

*Pausa. EL HOMBRE se saca un zapato y se masajea el pie. Luego lo hará con el otro.*

No quiero conversar con usted. ¿Le queda claro? Entienda mi curiosidad. No se bajó en ninguna estación. No se mueve de ese asiento. Me mira como si me conociera. O como si tuviera miedo de mí. Sí, podría temerme. Si me conociera me temería aún más. No soy una buena persona. Tal vez por eso Dios se ha ensañado conmigo. Eso me dicen los curas. Roñosos. Con sus sotanas oliendo a orín. Se mean abriendo las piernas mientras caminan. Los he visto. No, yo era una buena persona. Yo quería ser una buena persona. Dios empezó la guerra. Y perdía la fe. ¿Ha perdido la fe? ¿La esperanza? Las perdí. Puede revisar mis bolsillos. Ni rastro. Ni de fe ni de esperanza.

*Pausa.*

¿De verdad no lo hiere mi discurso anticlerical? ¿Quién es usted? ¿No me va a contestar ninguna pregunta? ¿Ninguna?

*Pausa.*

¿Seguro que no es mudo? ¿O autista?

De repente me parece cara conocida. De repente siento que no lo he visto jamás en la vida. Oscilo. No sé qué creer. No creo ni en mis propios pensamientos. No creo en nada. Y el mejor lugar para no creer en nada es Australia.

*Pausa.*

No. No lo conozco. Ni siquiera debería dirigirle la palabra. ¿Es mi sombra? ¿Es mi ángel de la guarda? ¿Es acaso mi asesino? Seguro, eso es, usted es la muerte, la enfermedad, el cansancio. Dios lo ha puesto sobre mis pasos. Ni usted lo sabe pero es un enviado de Dios. No digo un ángel, digo un enviado de Dios. Es decir un demonio. Un ángel caído y de mala cara.

*Pausa.*

Usted me va a matar. ¿No es cierto? O me va a quebrar las piernas. ¡Sí! Tengo deudas con apostadores. No sabía que llegaran tan lejos. Dios no me dio la suerte que necesitaba. Aposté rezando. Veinte Padres Nuestros y cuarenta Aves Marías. Y perdí. Mi caballo salió cuarto. Cuarto no paga nada. Lo había jugado todo a ese pingo. Plata prestada, claro. Dios mío, ¿por qué me abandonaste?

*Pausa.*

Alguna vez iba a pasar. Tantos viajes solo. No podía durar para siempre. Tenía que alcanzarme el dolor de la mente. Mi propia cabeza, eso es usted. Mi cabeza que al fin pisa mis pasos. Siento su aliento en mi nuca. Lo sentí cuando se subió en la Plaza Victoria. Usted no era un pasajero común y corriente. Tiene esa cosa decidida en el mentón, insoportable. Usted iba a llegar tan lejos como yo. Usted era de mi casta.

*Pausa.*

Debí haberme bajado en Amanecer o en Costas de Hielo. Antes que se vaciara el vagón. Antes de que usted estropeará mi soledad. Mi oración.

*Pausa.*

Alejarse de Dios es la más auténtica oración que conozco. La del que vió el rostro de Dios y se aleja dándole la espalda. ¿No lo cree así? ¿Qué religión profesa? ¿Católico, protestante, budista? Sí, lo sé, el budismo no es enteramente una religión. He pensado en hacerme budista. Medito a veces en el vagón. ¡Pero con su mirada no puedo! ¡No puedo!

*Pausa.*

¿Va a hablar o no va a hablar? Esto es desesperante. ¿Me está torturando? Sí, conoce la agonía. El silencio de Dios. Lo peor. Su ausencia. No aparece. Nos deja abandonados en un mundo desierto lleno de desechos, tóxico, poblado de antenas que emiten ondas electromagnéticas que afectan nuestros glóbulos blancos y preparan nuestro cáncer, nuestra más lenta y dolorosa muerte.

*Pausa.*

¿Sabe que los teléfonos celulares emiten ondas cancerígenas? ¿Y que el titanio que usan en su fabricación tiene en guerra mortal a todo el continente de África? ¿Usted no usa teléfono celular, espero?

*Pausa.*

¿No? Me alegro. ¡Mueva la cabeza en algún sentido! ¡Deme una pista!

*Pausa.*

Está bien, renuncio. Hablo solo. Siempre lo hago. Hablo solo. Por eso tomo este tren, este vagón. Por eso Australia.

*Pausa.*

¿Lo sabe, supongo? Lo hermoso del último tramo es que no haya nadie más en el vagón.

*Pausa.*

Escucho mi alma. Es un viaje místico. He venido tan lejos para no escuchar más mi corazón. Usted me lo trae. El corazón con su palpitar bobo anula la suavidad de mi espíritu. Con usted ahí no puedo concentrarme en mi respiración, me llena la cabeza de pensamientos. Un tropel de preguntas. ¿Quién es? ¿Dónde va? ¿Por qué demonios viste tan mal? ¿Por qué tiene tan sucios los zapatos? Ese barro, usted ha caminado por el lodo, tiene sucias las bastas de los pantalones. No se saca el sombrero. No estaba lloviendo. Cuando yo me subí al tren no estaba lloviendo. Yo me subí en San Cristóbal de los Peces. Mucha gente sube y baja en esa estación. Obreros, empleados, dueñas de casa, estudiantes. El sitio que elegiría un terrorista para poner una bomba. Subo cada día pensando que no importa. Ya quedaré solo. Y mi espíritu aflorará. Y me sentiré limpio. Y podré orar por mis antepasados. Y podré sentir que me redimo. Mi corazón quedará limpio de todo pecado. Y Dios quizás me perdone.

*Pausa.*

O yo a él. De alguna forma es mi padre. Y no es bueno morir sin estar en paz con el padre. Amén.

*Se santigua. Pausa.*

No me va a decir nada. Es como el padre confesor de mi colegio. No decía nada. Hacía sonar la varilla en el suelo. De pronto nos daba el golpe en las piernas. Usábamos pantalón corto. Dolía. No había que llorar. No debíamos llorar. Era la educación del rigor cristiano. Confiese su pecado, me decía. Yo no sabía lo que era el pecado. El padre confesor me enseñó que no ceso de pecar. A varillazo limpio me enseñó que soy un pecador impenitente.

*Pausa.*

¿Donde lo educaron a usted?

*Pausa.*

Con usted sí que fueron duros. A usted lo educaron a bofetadas, a puñetes, lo encerraban en un cuarto oscuro. Se le nota en la mirada. Usted no tiene perdón sobre la tierra.

*Pausa.*

¿O viene, al revés, a perdonarme? ¿A qué cofradía pertenece? ¿Cree en Dios?

*Pausa.*

Se lo he preguntado varias veces ¿Cree o no cree en Dios? Me está sacando de quicio. No hace nada para que este viaje no me lleve a la absoluta desesperación. ¿Cree o no cree en Dios? ¿No se ha percatado que todas las guerras que vienen serán religiosas? Se equivoca si cree que sufro con su sucio silencio de asesino profesional. Tarea perdida. Tengo una larga experiencia en

resistir castigos. El padre confesor me dejaba sangrando los muslos y yo no abría la boca. Usted no conseguirá nada de mí. Nada. Nada. ¿No se da por vencido?

*Pausa.*

No, no se da por vencido. Usted me hace hablar. ¿No me va a decir nada? ¿Qué está esperando de mí? ¿Lo mandó mi padre para vigilarme? Le dijo a mi abogado que yo terminaría suicidándome. Se lo gritó en el teléfono. ¿Lo sabía? ¿No lo sabía? Mueva por lo menos la cabeza. Debo mucho dinero. ¿Lo mandaron los bancos? ¿Los prestamistas? No he conseguido trabajo suficiente. No consigo juntar todo lo que debo. Dejé a mi mujer por otra. Traté de ser feliz. No lo era. No lo soy. He dejado a todas mis parejas. Sé que me buscan. Aquí no llegan. ¿Lo contrataron a usted? ¿Alguna de ellas? Quiero estar solo. Quiero sentirme libre de la presión de Dios en mi conciencia. ¿Qué tiene eso de malo? Usted con su silencio me censura. ¿Tiene un arma en el abrigo? ¿Qué lleva en el paquete? ¿Quién lo mandó? Mi primera mujer ya ni siquiera me odia. Ya me es apenas indiferente. Yo solamente quería sentir ganas de vivir. ¿Qué piensa usted? ¿Nunca dirá nada? ¿Qué más quiere saber de mí? He sido infiel. He traicionado el voto de castidad, la promesa matrimonial, el amor, la vida.

*Pausa.*

¿Llegamos hasta acá para que usted se quede callado? A ratos tengo hambre. ¿Quiere que comamos algo al llegar? Debe haber algún sitio donde se pueda comer algo. Por lejos que estemos. Alguien hablará nuestro idioma. ¿Habla usted mi idioma?

Me hace gracia.

Nunca creí que podría aguantar estar solo. Creía que no podría soportar la soledad absoluta. Y cuando me decido aparece usted. Extraña compañía. ¿Sabía que mi padre tiene razón? He pensado en matarme. Por eso, quizás, tuve la ilusión que usted... no sé... llevara un arma.

Nadie pagaría por mi muerte.

Una vez, un hombre, el marido de una amante me amenazó. Me gritó en la calle: ¿sabes cuánto vale tu vida? Así, a voz en cuello. ¿Sabes cuánto vale tu vida, cabrón?

Era una mujer muy linda. Muy linda y muy loca. Muy loca y muy puta. Cuántos hombres tuvo. Pobre hombre, su marido, digo. Estaba tan loco como ella. El viajaba mucho, la dejaba sola. Luego venía y revisaba su ropa interior, el correo, los papeles, creo que tenía a alguien así como usted, que la seguía. Después ella estuvo tan enferma. El la quería pero de esa manera rara. La seguía. ¿Usted me está siguiendo? ¿Verdad? Por favor, dígame algo.

¿Sabe cuánto me duele su silencio?

¿Usted viene por mí?

¿Lo enviaron tras mis huellas?

¿Es mi criminal?

¿Es mi confesor?

¿Es el pago de mis faltas?

¿Viene por lo de mi mujer o por lo de mis amantes?

Soy un hombre común y corriente. Solo quiero sentir la tranquilidad del espíritu. Sentir que queda lejos el ruido, la metrópolis. Las víctimas de mis faltas.

Dígamelo de una vez por todas.

¿Usted me sigue?

*Pausa larga.*

EL OTRO: No.

EL HOMBRE: No le creo.

2.

*El vagón. Pausa.*

EL OTRO: ¿Quiere oírme? ¿De verdad quiere oírme? Su Dios no me interesa. Es mi turno de hablar. Usted lo quiso. Viajo solo porque estoy solo. No tengo otra cosa que hacer. Perdí mi empleo. Mi mujer se fue con otra. Con otra, sí, dije con otra. Puede reírse si quiere. Se fue con otra. Es humillante. No lo cuento porque se ríen de mí. Usted se va a reír de mí. Lo hará en cuanto nos separemos. Se sentirá dichoso de no haber sido traicionado así. La mujer y la puñalada por la espalda. Usted sabe mucho de puñaladas por la espalda. Cuando lo vi quedarse en el vagón pensé que era un imbécil como todos. Y era peor. Era un peregrino. Tenía las manos manchadas de sangre. No me ha contado todas sus faltas. Yo tampoco le contaré como me han hecho morder el polvo. ¿Su mujer lo golpeaba? ¿Lo insultaba en público? ¿Alguna de sus amantes le dio una bofetada en medio de una fiesta? ¿Lo han arañado rompiéndole el traje, la camisa, rompiendo en jirones su corbata? Usted se siente el más desgraciado. Es un soberbio. Es un vanidoso. Casi me cuenta con orgullo sus faltas. Yo no creo en Dios. Y dudo que Dios crea en mí. Estamos a la par, estimado desconocido. Yo fui criado en orfanatos, en casas de reposo, en colegios gratuitos. Mi ortografía es un desastre. Hablo apenas esta lengua rota. Me cansa la risa de los demás. ¿Ya le dio risa? Lo dejaron por otra. No lo hacen delante mío. Pero se ríen de mí.

*Pausa.*

¿No se ríe?

EL HOMBRE: No.

EL OTRO: Miente. Me mira con desprecio. Usted es como ella. Buitres. Me miran como un animal destazado colgando del gancho de una carnicería. Soy el que más necesita este viaje. La conocí por correo. Esos encuentros de corazones solitarios. También es ridículo. También puede reírse si quiere. Nadie me lo advirtió. Nadie me dijo nada cuando me casé. Me dejó los niños. Pequeños. A la otra mujer la conoció por internet. Ríase. ¡Ríase, le digo! ¡Es ridículo!

*Pausa.*

¿No se ríe? Soy un hombre común. No me merecía una traición así, desesperada. Se iba a esa máquina a comunicarse con ella. Me dejó por una máquina. Un año yendo al psiquiatra. Yo. Un año soportando el bochorno. La habría matado. Quise matarla. Casi la maté. Tuve en mis manos un cuchillo carnicero. Pensé en entrar a la ducha y descubrirla desnuda. Su sangre salpicando los azulejos. La oí. Me lo dijo a la hora de la cena. Amo a otra. ¡Otra! ¡Otra!

*Pausa.*

Me desprecia ¿no es cierto? Usted, el que pone los cuernos. El que tiene una amante cortándose las venas.

EL HOMBRE: No me río. Lo escucho. Si me dice la verdad o no, no estoy seguro.

EL OTRO: Tanto me teme. Já. Hace tanto tiempo que nadie me teme. ¿Quién va a temerle al ridículo cornudo? ¿El absurdo hombrecillo de la sonrisa fácil? Yo era una buena persona. No creía en Dios porque sentía que no le faltaba nunca. Yo no cometía pecado alguno. Ella debió temerme. Así tuve el cuchillo. Mientras sonaba la ducha. No me tenía el menor respeto. Mondaba una manzana mientras me hablaba de ella. Una extranjera. Frieda o Eva o Laura. Los nombres se olvidan. ¿Con qué palabra me partió el corazón?

*Pausa.*

¿No será mejor que lo dejemos hasta aquí? Usted váyase al otro extremo del vagón. Limpie su espíritu. Mi viaje es otro. Yo voy a deshacerme de lo último de ella que me queda. La palabra con que me mató. No sé si fue "otra" o "amo". No sé cuánto tiempo pasó antes de perderla de vista para siempre. ¡Para siempre! ¿Me oyó? ¡Para siempre! ¿A usted lo han abandonado para siempre? ¿Dios lo ha abandonado para siempre? Usted es de los afortunados que creen que Dios guía sus pasos. Incluso en su desconfianza cree que Dios está preocupado de su desdén. ¡Usted es un creyente! Y por eso le duele el silencio de Dios. Quiere ser un elegido. Quiere ser Santa Bernardita, Santa Fátima, San Pablo. Mis pasos no los guía nadie. Solo el azar, la incertidumbre. Húndase en su fe y su esperanza. Tiene los bolsillos repletos de ellas. No mienta. Usted es una rata beata que se salvará siempre del naufragio a bordo del madero de la cruz. Rata. Usted es una rata. Yo soy una cucaracha. A mí me pisan diariamente. Despierto con el pie sobre el pecho. Me escondo en los rincones de las burlas de mis compañeros de trabajo.

EL HOMBRE: ¿Dónde está ella?

EL OTRO: ¿Le importa? ¿Me hace la pregunta sinceramente? ¿Le preocupa de verdad mi desventura? ¿O me hace la pregunta por la malsana curiosidad de todo el mundo? ¿Quiere saber si la maté? ¿Cuándo? ¿Cómo? Ganas tuve. No lo hice esa noche, debí hacerlo. No estaría en este vagón. No llevaría este paquete. Se fue a vivir con ella. Pensé que moriría de dolor. De dolor y de vergüenza. Quiero perder la razón. Este tren llega tan lejos que tal vez consiga olvidarme de dónde vengo. ¿Hay alguien en Australia? Ella no estará. Estaré a salvo. El cine me aturde. Eso ayuda. Mientras más largo el film mejor. Me desconcentro, no sigo la trama. No sé si me interesan. O vago por los centros comerciales. O veo la televisión. Lo que pongan. Una vez estuve a punto de comprar un revólver. Me hace llorar de rabia. Y lo hago a solas. En el cine. En estos viajes. Lo más lejos posible. Y usted no me deja llorar. ¡No me deja llorar!

EL HOMBRE: ¿No se ha vuelto a enamorar? ¿No ha conocido a otra mujer?

EL OTRO: ¿Quiere saberlo? Usted que pasa enamorado. ¿Quiere saber si me atrevo a acercarme a una mujer sin tener una pistola en mi bolsillo? Hijas de puta. Putas todas. Usted no sabe las preguntas que hace. No sabe cuán lejos está llegando. ¿Lo sometí yo a algún interrogatorio? ¿Le traté de sacar información? ¿Le metí el dedo en la llaga? Sí. Me he enamorado. Se han enamorado. Las mujeres son como usted. Putas o putos. Se enamoran todo el tiempo. De todos. La muerte o el

sexo. Usted está partido de amor. Yo no viajo por amor. Se equivoca. Viajo para no matarla. Tomo el tren en el sentido contrario. La sigo cada vez que ella sale de su trabajo. Y cuando ella parte en dirección de Agudelo yo me pregunto dónde puedo estar más lejos de su maldito y sucio cuerpo, lleno de moho, de saliva, de mocos, de mierda. Me enamoro, claro, me enamoro. Sigo siendo un ingenuo. Me enamoro. Pero se van. O me voy yo. No sé si le sucede a usted pero me dan miedo. Que partan. Que me rompan otra vez el corazón. Usted creerá que soy un sentimental. Mi madre me dice que escondo mis sentimientos. Tiene razón. Es raro que yo le hable a alguien de esto. Se lo digo a usted porque no lo veré nunca más. La gente como usted me enferma. Los que se van, los que creen que tienen el mundo por delante, los que dejan mujer, hijos, una familia. Ustedes causan dolor, hacen sufrir. Ustedes deberían ser arrojados al paso del tren. Deberían ser descuartizados como animales en la carnicería. Deberían colgar sus cabezas de los ganchos. Deberían abrirles el corazón con un hacha. En vez de amor huelen a carne podrida. Pero mi madre dice que me ayuda hablar. Yo pienso que usted es una basura. Pero tal vez desahogarme me ayude en algo. No sé en qué. Por lo menos no lloraré de rabia. Aunque usted se parezca a ella.

EL HOMBRE: ¿A ella?

EL OTRO: Son idénticos. En esa inquietud eterna. En esa incapacidad de conformarse. Por eso escribió al correo sentimental. Por eso se metió a internet. Por eso se quejaba de mi manera de ser. Como usted. ¿De quién huye? De usted mismo. No quiere enamorarse de nuevo. No quiere salir a seducir a la cajera del metro o la dependienta de la tienda de ropa interior o la camarera de la cafetería o la primera mujer que se le abra de piernas. Usted alcanza a degollarlas antes que ellas se percaten del cuchillo bajo la almohada. Yo soy lento. Soy estúpido. Ellas se mueven más rápido. Les encanta mi parsimonia. Ganan siempre. El más rápido tiene la mano ganadora. El más lento espera el beso y de pronto ve su pecho abierto de par en par, la sangre que mancha las sábanas, la almohada, las alfombras. La ambulancia atravesando la ciudad. ¿Quién lo hirió? Los médicos, los grandes y pomposos idiotas vestidos de blanco. Mi mujer. ¿Quién más puede herir a un hombre? En los hospitales he visto sus víctimas. Los brazos cortados, las píldoras en racimos. Dígame la verdad, no soporto oír una sola mentira más. No aguanto las reglas de la vida. A duras penas he conseguido hacer este viaje. Ella se está metiendo a la cama con ella. En este momento. Y usted lo ha hecho tantas pero tantas veces. Traidor, vil y pútrido infiel de pacotilla. Romántico de tercera clase. Apuesto que le gustan los boleros. ¿Quiere cantar? El viaje es tan largo. ¿No se va a ir al otro lado del vagón? Cante entonces. Su canción favorita. Sentimental hasta la médula. Sin asco. Sin miedo.

EL HOMBRE: Usted quiere matarme.

EL OTRO: No había pensado siquiera en hacerlo. Todavía no. No sé si el largo del viaje incube la idea en mi cabeza. Matarlo no, quizás cortarle los huevos. Castrarlo, que se desangre sobre el tapiz, que se arrastre por el vagón gritando como un verraco. No, yo soy pacífico. ¿No se ha dado cuenta que soy pacífico? Ella sabía que yo era un hombre pacífico. El hombre tranquilo, quieto, sereno. No, yo no quería aún matarlo. No estaba pensando en eso. No quería siquiera

dirigirle la palabra. Simplemente tomé el viaje porque era el más lejano. Como cuando elijo una película. La que me lleve más lejos. Pero ahora sí. Tal vez lo mataría.

No es bueno que hayamos coincidido en este viaje. Usted y yo queríamos un vagón solitario y silencioso. Usted y su espíritu, yo y mi corazón roto. Deberíamos separarnos. En la primera parada hacer un cambio de planes. El que nos deje más lejos. Pero solo queda una parada. Una, la última. ¿Llegaremos vivos? ¿Usted cree que llegaremos vivos?

Usted me causa dolor. Usted me la recuerda a ella. Usted se le parece. Busca amantes, está siempre inquieto.

Yo no tenía nada de malo. Yo era un hombre tranquilo. Yo hablaba poco.

¿Ve lo que acaba de hacer? Me abrió las cicatrices en el pecho.

Debí haberme callado. Callar es siempre mejor. Callar hace menos daño. Mi madre está loca. Cree en brujos, en el horóscopo, me telefonea todos los días para leerme el destino. ¿Su madre? ¿Vive? ¿Le habla? ¿Usted la acaricia alguna vez? ¿La abraza?

EL HOMBRE: No nos hablamos. Con mi padre tampoco. Está perdiendo la vista. Mi hermano lo visita. Yo apenas trabajo y duermo. ¿Por qué se subió a este vagón? Hay tantos trenes. Tantos destinos. Es una desgracia cruzarse con el suyo.

*Pausa.*

EL OTRO: ¿Qué se quedó pensando?

Ahora es usted el que guarda información. Usted el que ejerce el silencio. Me deja con mi historia abierta. Supongo que le aliviará.

EL HOMBRE: Lo lamento.

EL OTRO: No lo lamenta. Se alivia. El dolor ajeno alivia. Usted ha pecado por abuso. Yo no hice nada. A mí me lo hicieron.

EL HOMBRE: Usted no conoce mi historia.

EL OTRO: Y no me interesa conocerla. ¿Por qué encontrarme con usted? Me imaginaba solo. Vine tan lejos solamente para eso. Para estar profundamente solo.

He hecho este viaje antes. Muchas veces. Nunca quedaba nadie. Solo yo. Y podía sentirme aliviado. No lloraba. Nada. Mire, ya me ha hecho sentirme desgraciado.

EL HOMBRE: Yo también he hecho este viaje antes. Muchas veces. Ciertamente, nunca quedaba nadie. Podía hasta correr por el vagón en movimiento. Gritar.

Desesperadamente. Llorar a gritos, rasgarme la garganta. Lo lamento.

EL OTRO: Separémonos. Vaya al fondo del vagón.

EL HOMBRE: Ya es demasiado tarde. Necesito llorar a gritos.

EL OTRO: No me hiera más. Se lo prohíbo.

*EL HOMBRE llora a gritos, verdaderos alaridos.*

EL OTRO: Lloro mis lágrimas. Hasta la desgracia me la roba.

*EL OTRO llora también. Los dos, desesperados.*

*Pausa.*

EL HOMBRE: Falta mucho. La próxima parada es el final del trayecto. No hay nada más allá de Australia. ¿Dónde quiere que me vaya? Sólo es posible el regreso.

¿No tiene hambre? Yo lo invitaré a comer. Me siento responsable. No debí hablar temas personales. Es una pésima costumbre. Debí haber hablado de fútbol, de negocios, de mujeres, de toros. Usted sabe, esas cosas que no le importan de verdad a nadie.

EL OTRO: Conmigo no hable de mujeres.

EL HOMBRE: Perdón, fue un descuido de mi parte. Yo no podría vivir sin una mujer. De hecho no soporto vivir sin una mujer.

EL OTRO: Nos envenenan. Nos convierten en adictos. Nos drogan con sus vulvas rojas y calientes. Sus bocas, sus lenguas, sus tetas balanceándose mientras las penetramos inocentes. Sus chupadas groseras, hambrientas, soeces. Usted y yo. Echamos de menos una mujer. Pero usted las tiene a manadas. Una tiene, me lo dijo.

EL HOMBRE: Sí, pero viaja mucho. A veces se va muy lejos. Tiene parientes, familia, amigos. Me dice que no puede renunciar a ellos. Tiene hijos, mayores. Es de mi edad. Hacemos el amor, nos acompañamos, pero no tenemos una casa.

EL OTRO: ¿No le da celos?

EL HOMBRE: ¿De que esté con otro hombre?

EL OTRO: ¿O con otra mujer? Las mujeres son capaces de todo. Saben mucho más que nosotros del dolor. Saben hacernos daño.

EL HOMBRE: Yo también le he hecho daño a algunas mujeres. Me han amado y las he traicionado. Mi primera esposa, mis amantes. Las abandonaba. No podía decidirme a quererlas. Una vez me enamoré de una colombiana. Bellísima, un sol. Ella gastaba millones en llamarme por teléfono. Me pedía a gritos que dejara a mi mujer y me fuera con ella.

Aún me envía mensajes. Le contesto tarde, mal y nunca.

Otra mujer me golpeó la cara, me arañó la espalda. Yo solamente le conté que había conocido a otra hembra. Me lanzó todos los platos de la vajilla. Me amenazó con el cuchillo de cortar carne. Como usted.

EL OTRO: Se salvó de una muerte segura.

EL HOMBRE: No soy una buena persona. Usted tiene razón.

Pero traté de serlo. De verdad traté de serlo. Mi primera mujer me golpeaba.

Tenía un genio de los mil demonios. No sabía discutir. Yo le tenía miedo.

Quizás no me hubiera metido jamás con otra mujer pero le tenía miedo.

Era capaz de darme un puñetazo en el coche, conduciendo. Me perseguía con un martillo por la casa. Por una discusión cualquiera. Nunca pude pararla. Le gritaba y se ponía peor. ¿De verdad que no le afecta que le cuente esto? ¿No le causa daño?

EL OTRO: No. Me calma ¿sabe? Imaginarlo sangrando sobre el piso de su cuarto.

Mojando de sangre las sábanas, mirando la sangre escurrirse con el agua de la ducha. Eso me alivia.

EL HOMBRE: Llegamos. Su compañía me ha hecho daño.

EL OTRO: Yo he sentido el alivio más curioso que recuerdo. Oírlo, sentir las ganas de matarlo. No lo tome como algo personal. Es solo su manera indolente de hablar del amor y la nostalgia. ¿Qué sabe usted de mujeres? Apenas lo han golpeado. ¿Le pidieron perdón luego? Cómo piden perdón esas bestias. El perdón les sale como un vómito.

EL HOMBRE: No, yo era el que pedía perdón. Yo era la bestia enloquecida de miedo y de ira.  
EL OTRO: ¿Qué vamos a hacer ahora en Australia?  
EL HOMBRE: Con estas ganas de matarnos.  
EL OTRO: No mienta. Usted quiere una mujer. Yo soy el que quiere vengarse. Y usted es solo un chivo expiatorio. ¿Sabe lo que es eso? Rata católica.  
EL HOMBRE: El tren se ha detenido. Se abren las puertas.  
EL OTRO: ¿Vamos?  
EL HOMBRE: Vamos.  
*No se mueven.*

3.

### *El café*

LA MUJER: ¿De dónde vienen? ¿Cómo llegaron aquí? ¿Quieren de verdad comer, beber, pedir algo? Aquí no llega nunca nadie. Apenas los camiones, nunca se quedan más que una noche en la hostería de enfrente. Juegan a los dados, a los naipes. Me insultan. Beben como cosacos. ¿Quieren emborracharse? ¿Cerveza? ¿Comida? Tienen que darse prisa porque ya cierran la cocina. También acá vivimos. Mal, lejos, pero tenemos casa y cama y ganas de no saber de este tugurio.  
EL HOMBRE: Usted es guapa. Alguna vez fue muy bella. ¿Sabe? Usted puede hacer hoy una buena acción. Usted puede ser un regalo de Dios. ¿Sabe? Mi amigo no ha estado con una mujer hace mucho tiempo.  
EL OTRO: No tiene derecho a contar lo que le he dicho. Y menos seduciéndola delante de mis narices.  
LA MUJER: ¿Y eso qué?  
EL HOMBRE: ¿Usted es casada? ¿Tiene novio?  
EL OTRO: Es mentira. No tengo problemas con las mujeres.  
LA MUJER: No tengo pareja. Por si acaso, no soy puta. Una santa tampoco. Me vine aquí porque quería estar lejos.  
EL HOMBRE: ¿Usted también? ¿La persiguieron? ¿Dejó un corazón roto?  
EL OTRO: O es usted la que sufrió el golpe en la nuca. De un hombre por supuesto.  
LA MUJER: Pidan lo que desean que ya cierra la cocina. No hablen tonterías. El cocinero tiene mal humor y tiene una escopeta. No intenten manosearme. Aquí no me toca nadie.  
EL HOMBRE: ¿Solo el cocinero?  
EL OTRO: Dijo que nadie, gusano. Nadie. No te puedes imaginar la castidad de nadie, ni en el culo del mundo.  
LA MUJER: Me canso. Piden o me voy. Tengo várices, tengo hambre, tengo sueño.  
EL HOMBRE: Mi amigo es una buena persona. No quiere nada especial. Sencillamente que se siente con nosotros. Sencillamente que le hable.

EL OTRO: Mentira. No quiero nada. Un café, algo para comer. Puede seguir con lo suyo, señora.

LA MUJER: Parece un búho con esos ojos. No deja de mirarme. ¿Seguro que no es un perverso? ¿Y si son una pareja de maricas?

EL OTRO: No soy un maricón.

EL HOMBRE: Su mujer lo dejó por otra.

EL OTRO: Usted no respeta mis secretos.

LA MUJER: Pobre hombre. ¿De verdad lo dejó su mujer por otra? Mi marido me engañaba con mis mejores amigos. Y yo lo permitía. Lo veía tan angustiado.

Necesitaba salir con hombres. Y yo me resignaba.

EL OTRO: ¿Me miente? ¿Me lo dice para que no me sienta mal? ¿No se está riendo de mí?

EL HOMBRE: Yo también pensé mal de él. Creí que me seguía. Tengo acreedores, gente que me quiere hacer daño. ¿No quiere sentarse con nosotros? Es cosa de minutos. No más de media hora. Un cuarto de hora bastaría. Está muy triste. En realidad, los dos lo estamos. Tres cervezas. Un plato de lo que sea. Huevos fritos con tocino, tallarines, una hamburguesa.

EL OTRO: Es falso, yo estoy bien.

EL HOMBRE: Vamos, desahógate, como te dijo tu madre.

EL OTRO: No somos ni siquiera amigos, señora.

EL HOMBRE: Estamos solos. Y tristes.

EL OTRO: Eso no le importa. ¿Para qué contarle todo? ¿Me pongo yo como una fuente de palabras a hablar de la loca de tu mujer? ¿De la angustiada resistencia de tu hija? ¿Por qué traicionas a la primera de cambio?

LA MUJER: Pues somos tres. ¿Me prometen que no me harán daño? ¿Por qué creen que me vine aquí? Esta es la última parada de todo. No quiero haber huido tanto para que me quiebren lo poco que tengo. Tú ¿de verdad que hace años no has estado con ninguna mujer?

EL OTRO: No

EL HOMBRE: Sí. Tiene miedo que te rías de él.

EL OTRO: Miente.

EL HOMBRE: Miente.

LA MUJER: Comemos y nos vamos a casa. Tienes una mirada triste.

EL OTRO: Yo solo quiero dormir.

EL HOMBRE: Es una mujer, torpe.

EL OTRO: ¿Quieres que me enamore? ¿Otra vez? ¿De una mujer que vive en el fin de la tierra? ¿Que no pueda verla nunca si no es tras un viaje eterno en un vagón vacío o mal acompañado por un idiota que no cesa de hablar de sus pecados?

EL HOMBRE: Es una mujer. Nos da de cenar. Está sola. ¿Has sentido el viento? Podría llevarla conmigo. Está tan necesitada como tú o como yo. Te la cedo.

EL OTRO: No la quiero.

LA MUJER: Aquí están las cervezas y la comida. Cerramos en quince minutos.

EL HOMBRE: Come. Se enfría.

EL OTRO: No tengo hambre.

EL HOMBRE: Miente.

LA MUJER: Lo prepararé yo misma. ¿No te gusta?

EL OTRO: ¿Está bueno?  
EL HOMBRE: Muy bueno  
EL OTRO: No tengo hambre pero igual lo probaré.  
LA MUJER: Es lo que hay que hacer. No se sabe en Australia cuando volverás a comer.  
EL HOMBRE: Salud.  
LA MUJER: Provecho.  
EL OTRO: ¿Alguien me alcanza un pedazo de pan?  
*Comen en silencio. LA MUJER pone en el Wurlitzer una vieja canción de Elvis Presley: "Are you lonesome tonight?". Ella baila.*

4.

*El café. Beben cervezas. Suena la música. LA MUJER come en otra mesa.*

EL HOMBRE: Sácala a bailar.  
EL OTRO: Estoy comiendo.  
EL HOMBRE: Sácala a bailar, no seas marica.  
EL OTRO: Ella también está comiendo.  
LA MUJER: ¿No les gusta Elvis?  
EL HOMBRE: A mi amigo le encanta.  
EL OTRO: ¿No tienes Sittin in the dock of the bay con Otis Reding?  
*LA MUJER coloca la canción pedida por EL OTRO.*  
LA MUJER: Mi madre era hermosa como una actriz de cine. Mi padre bebía y no estaba nunca en casa. Mi madre se acostaba con diferentes hombres. Tantos hombres. No se preocupaba de mí, si yo estaba ahí, si la veía. Mi padre apenas pasaba en casa. No me tocaba.  
EL HOMBRE: A veces es peor.  
EL OTRO: ¿Te quería?  
LA MUJER: ¿Quién? ¿Mi madre? ¿Mi padre? Crecí con miedo al amor. Como si fuese una enfermedad, algo como la lepra, la tiña, una peste que enloqueciera la mente. Algo que se llevaba lejos a mamá. Algo que no dejaba que mi padre regresara a casa. Tengo el corazón cerrado. ¿Quiéren sentirlo? Late mal. Se equivoca, da un salto errado. Me ahoga. Moriré del corazón. De las heridas del amor de niña. De la fiebre reumática. De un paro súbito. Lo espero. No tengo miedo. Llegará. Como llegaron ustedes, de pronto. Quizás uno de ustedes me lo provoque. No les temo. Es el destino. Es mi destino. Mi madre mientras se acostaba con esos hombres dando gritos en la cama de su dormitorio escribía a fuego en mi corazón mi muerte futura. Mi padre no vino a socorrerme. Huí de ellos a Australia. Donde no llegara nadie. Donde quizás exista menos riesgo. Pero de pronto han llegado ustedes. Y ustedes sean los enviados.  
EL HOMBRE: Mi madre también engañó a mi padre. Mi padre también engañó a mi madre. Mi madre me contaba todo. Yo tenía 12 años y me decía que mi padre era maricón. Me contaba con quién salía. Se colgaba de mi brazo y me decía que parecíamos pareja. Yo odiaba que me tocara. Mi madre era hermosa. Una mujer

joven y bella. Tenía el corazón roto, no podía dejar de hablar de todo lo que le pasara. Yo me sentía torpe, aburrido, no me atrevía a acercarme a una mujer. Me enamoraba en privado. Me enamoré desde muy niño. Le proponía matrimonio a mis compañeras en la escuela. No quería sexo. Quería sencillamente compañía.  
EL OTRO: No conocí realmente a mi madre. Éramos tantos hermanos. Dormía con mi hermana. A veces ella me tocaba.

EL HOMBRE: ¿Dónde?

EL OTRO: Todo. Era mayor que yo. Me decía "estamos tan solos, Carlos" y me tocaba.

LA MUJER: El primer hombre que amé no quería tocarme. Le daban miedo mis pechos. Le costaba besarme. Yo empecé a sentir pasión ¿me entienden? Empecé a volverme loca por él. Pero él no se dejaba tocar. Apenas me daba la mano. ¿Por qué llora? ¿Qué le pasa?

EL OTRO: Nada. No me pasa nada. Estoy bien. Continúe.

LA MUJER: Me dejó de un día para otro. Se fue sin más. Quizás por eso me entregué a mi primer amante. Era fogoso como un tren. Hacíamos el amor como conejos. Esperando siempre la muerte. Que mi corazón estallara. Quedé embarazada. Me hizo abortar. Dos veces. Igual yo estaba enamorada. Nos casamos. Me puso los cuernos con mis amigas. Yo trabajaba para mantenerlo. Odiaba su aliento cuando me decía "eres tan buena, angelito". Huí de él. Sé que pregunta por mí. Sé que envía correos a muchas partes del mundo. Direcciones al azar. Cartas sin ton ni son. Una me llegó. La tengo aquí. ¿La leo?

EL HOMBRE: Sí.

EL OTRO: No sé.

EL HOMBRE: Deja que la lea.

LA MUJER: La tengo siempre en mi delantal. Escuchen. "Angelito, eres tan buena. La vida es tan rara sin tí. Tienes que volver. Te espero en la casa de siempre. No puedo olvidarte. Cualquier otra mujer es una furcia. Eres el ángel de mi vida. A veces pienso en terminar con mi existencia. Vuelve. No sé dónde estás. Escribo estas cartas diariamente. Como telefono a todos los números del listín telefónico. Y tú no me contestas"

EL HOMBRE: ¿La ha llamado aquí?

LA MUJER: Una vez. Reconocí su voz y colgué. Me da miedo que aparezca. ¿Seguro que no vienen de parte de él?

EL OTRO: ¿Seguro que no nos está mintiendo? ¿No está buscando nuestra compasión?

EL HOMBRE: Mi amigo tiene miedo de enamorarse de usted.

EL OTRO: Miente, siempre miente. A todas las mujeres que ha tenido siempre les miente

LA MUJER: ¿Y quién no miente? ¿Tú no mientes, Carlos?

*Pausa.*

EL OTRO: No. Yo nunca he sabido mentir.

5.

*El café. Muchas cervezas. En el wurlitzer Aretha Franklin.*

EL HOMBRE: Estamos muy borrachos. No sé qué hora es. La noche está oscura y fría y dura.

LA MUJER: Hace mucho tiempo que no bebía tanto. De verdad. Ustedes me han hecho perder la cabeza.

EL HOMBRE: Vamos, hombre, tómate otra...

EL OTRO: No, yo no tengo hígado para tanto trago.

EL HOMBRE: Es tarde. Hay que buscar dónde dormir.

LA MUJER: Ya vamos a cerrar. Mi casa está a un par de kilómetros. ¿Quieren ir conmigo?

EL HOMBRE: Vamos sin ninguna mala intención. De verdad...

LA MUJER: Contigo nunca se sabe...

EL OTRO: Yo prefiero quedarme en la hospedería... Donde los camioneros.

LA MUJER: A esta hora ya han cerrado. ¿No quieres venir conmigo, Carlitos?

EL OTRO: No me gusta que me traten así.

LA MUJER: ¿Así cómo?

EL OTRO: Carlitos. No soy un niño.

LA MUJER: Pobrecillo. ¿Tan mal te han tratado?

EL HOMBRE: No se rechaza una invitación de una dama...

LA MUJER: Vamos a mi casa, vamos, no me dejen sola... Estoy tan triste... ¿Ven?

Ahí me saltó el corazón. ¿Me pueden acompañar?

*Solloza.*

EL HOMBRE: ¿Ves lo que has hecho? ¿Ves cómo la has puesto?

EL OTRO: Perdóneme, señora...

EL HOMBRE: Trátala de tú... ¿Cómo vas a calmarla?

EL OTRO: Perdóneme, por favor...

*Ella se abraza de EL OTRO.*

EL HOMBRE: Hombre, vamos, hay que pagar las cervezas. Yo tengo que ir al baño. O tendré que orinar al viento. En la carretera.

*Recogen como pueden la mesa.*

*LA MUJER llora en brazos de EL OTRO.*

EL HOMBRE: ¿Podemos dejarlo así?

LA MUJER: Déjalo dónde quieras. No llega nadie hasta tarde. ¿Quién se va a enterar? El cocinero ni me mira.

*Salen. Ella se cuelga del brazo de EL OTRO. EL HOMBRE se abre la bragueta para orinar. Un viento infernal.*

LA MUJER: Cuidado, no nos salpiques...

EL HOMBRE: Los mojo enteros...

LA MUJER: Eres un loco...

EL HOMBRE: Pero te ríes conmigo...

LA MUJER: Loco, cerdo, sucio...

EL OTRO: Tengo que vomitar...

LA MUJER: ¡Qué asco!

EL HOMBRE: Yo me meo y este vomita.

EL OTRO: No estoy acostumbrado a tomar tanto...

EL HOMBRE: Si apenas fueron unos tragos... ¡Hazte hombre!

LA MUJER: Hay un viento de mierda. No se ve nada. No me sueltes, Carlos.

EL HOMBRE: ¿Dónde dijiste que vivías? No se ve ni un caserío por ninguna parte.

LA MUJER: Allá, dónde terminan las luces.

EL OTRO: Es muy lejos. ¿No será mejor insistir en la hospedería? ¿En ese garaje?

LA MUJER: ¿No quieres ir a mi casa?

EL HOMBRE: Pues allá vamos. Hombre, límpiame la ropa, estás hecho un asco.

EL OTRO: Yo me quedo acá.

LA MUJER: No, por favor. No me dejen sola.

EL HOMBRE: Estás loco. Ahora que ella te lleva a su casa no puedes fallar.

EL OTRO: Yo me vuelvo.

LA MUJER: No nos dejes. Por favor. Me duele el corazón.

EL HOMBRE: Mira, si está loca por ti. ¿Cuánto tiempo sin una mujer? No puedes renunciar ahora.

EL OTRO: Siempre que vengo he hecho lo mismo, voy y vuelvo. Nunca me quedo. Perdimos el último tren.

LA MUJER: La hospedería es un horror. Está lleno de pulgas.

EL OTRO: Prefiero estar solo. Me siento mal.

EL HOMBRE: Vuelves mañana. Estarás como nuevo. Te sentirás mucho mejor.

EL OTRO: Tengo que ver a mis hijos.

LA MUJER: Vamos. Ya es tarde. No sale nada hasta mañana. Ni un tren ni un camión ni un barco.

EL HOMBRE: Los hijos se convierten en un infierno. ¿Tú ves a mi hija? ¿Sabes lo que me ha hecho sufrir?

EL OTRO: Me quiero ir.

LA MUJER: ¡Hey! ¡Por aquí!

EL HOMBRE: No te dejaré ir.

*Forcejean EL HOMBRE y EL OTRO.*

EL OTRO: Suéltame. Yo me voy. ¡Socorro!

*EL OTRO corre huyendo.*

LA MUJER: ¿Dónde va?

EL HOMBRE: ¡Se fuga!

*EL HOMBRE lo alcanza. Forcejean.*

EL OTRO: ¡Suéltame! ¡Por favor!

EL HOMBRE: No te pongas a llorar ahora. Mira como quedas delante de ella. Como un niño pequeño. A las mujeres no les gusta acostarse con un niño. Pórtate como un hombre.

EL OTRO: Me da miedo

EL HOMBRE: No te vamos a hacer nada.

EL OTRO: Me da miedo como me abraza. Como me toca.

EL HOMBRE: Ven con nosotros, imbécil.

EL OTRO: ¡Suéltame!

*EL OTRO le lanza un manotazo a la cara. EL HOMBRE le devuelve un puñetazo en la nariz.*

EL HOMBRE: No voy a aguantar que me golpees. ¿Quién te crees que eres?

EL OTRO: ¿Quién te crees tú?

*EL OTRO le da un golpe de algún arte marcial estropeado por la borrachera. EL HOMBRE lo esquivo y le devuelve un puñetazo en la cara.*

LA MUJER: ¿Pueden dejar de pegarse? Parecen niños chicos.

EL HOMBRE: Toma, por bestia. Me has hecho daño. Me has hecho una herida en la cara.

LA MUJER: Paren, por favor.

*Un golpe de EL OTRO da en la cara de LA MUJER.*

LA MUJER: Ay, desgraciado. Carlos, eres un desgraciado.

EL OTRO: Estoy sangrando por la nariz. Perdona. No te vi. Estoy muy mareado.

*EL OTRO cae al suelo. El polvo, el viento. Su paquete rueda.*

EL OTRO: Perdóname, por favor, perdóname.

LA MUJER: Me duele mucho. Me golpeaste fuerte. Con razón tu mujer se fue con otra. ¿Así la tratabas?

EL OTRO: Nunca le he pegado a una mujer. Nunca.

EL HOMBRE: Sigues sangrando, Carlos. Mira tu camisa.

EL OTRO: Perdóname, mujer, perdóname.

LA MUJER: Pobrecillo, ven. En mi casa tengo algodón y agua oxigenada.

EL OTRO: Yo me quiero regresar.

LA MUJER: No, cómo se te ocurre, ahora no. Mi pequeño. Ven conmigo.

*LA MUJER abraza a EL OTRO. EL HOMBRE le quita el paquete.*

EL HOMBRE: Yo te llevo el paquete. Esto pesa. ¿Qué llevas dentro?

EL OTRO: No lo abras. Por favor no lo abras.

*EL OTRO se suelta de LA MUJER y forcejea con EL HOMBRE.*

EL HOMBRE: ¿Qué tienes tan privado? Me dijiste que no tienes empleo. ¿Fotos?

Mira, mujer, revistas porno.

EL OTRO: ¡Cierra ese paquete!

EL HOMBRE: Y fotos de ella. ¿Es ella? ¿No? Mira como tienes todo mezclado.

Calzoncillos. Una camisa blanca. Siempre bien puesto. ¿Y este otro paquete? ¡Una mano!

EL OTRO: ¡No es una mano!

EL HOMBRE: Es una mano de mujer, con anillos y todo.

*EL OTRO rescata su paquete.*

LA MUJER: ¿La mataste?

EL OTRO: Yo no he matado a nadie. No es una mano. Parece una mano. Es una mano de cera. La mano de cera de ella. Es un recuerdo.

EL HOMBRE: Es una mano de verdad.

EL OTRO: ¡Yo no soy un asesino! ¡Son mis cosas! ¡Yo no me voy con ustedes! ¡Yo dormiré en un camión!

EL HOMBRE: Tu paquete es toda una sorpresa, realmente.

EL OTRO: ¿Se están riendo de mí? ¿Porque tengo una mano de cera como la de mi mujer?

EL HOMBRE: ¿Qué haces con ella? ¿Te masturbas?

EL OTRO: Asquerosos. Se ríen de mí.

EL HOMBRE: Esa mano es de verdad.

LA MUJER: ¿A quién le importa? ¿Acaso tú nunca has matado a nadie?

EL OTRO: Sí, cuéntales. Diles cómo hieres a las mujeres.

EL HOMBRE: Te voy a romper la cara si sigues, gusano.

LA MUJER: Nadie se está riendo. Pobre. Solo quiero llevarte a mi casa para que dejes de sangrar.

*LA MUJER lo abraza y lo arrastra hacia su casa.*

EL OTRO: Yo quiero volver.

EL HOMBRE: Esconde ese paquete asqueroso. Dios sabe en qué pasos andas.

EL OTRO: Se burla de mí. Déjame ir.

LA MUJER: Ya no hay cómo. Es muy tarde. Todo está cerrado.

EL OTRO: Yo no quería tomarme esas cervezas...

EL HOMBRE: Te están cuidando. Una mujer de verdad. ¿O te quedas con tus pedazos, tus fotos, tus pajas...? Te espera la mejor noche de tu vida. ¡Adelante, compañero!

LA MUJER: Vamos, mi niño...

EL OTRO: No soy un niño. Soy un hombre.

EL HOMBRE: ¿Esa es tu casa?

LA MUJER: Sí, ¿quieres entrar, mi amor?

EL OTRO: No.

*EL OTRO corre huyendo.*

EL HOMBRE: ¡Otra vez sale corriendo! Yo lo alcanzo.

*EL HOMBRE lo atrapa.*

EL OTRO: Suéltame. Suéltame.

EL HOMBRE: Es por tu bien. Imbécil. Aprende a aprovechar las oportunidades de tu vida. Calzonudo. Dios la ha puesto en tu camino. Sé agradecido. Recibe el mensaje del Señor.

*Le da una bofetada. EL OTRO se rinde.*

EL OTRO: Ya está. No me pegues más.

EL HOMBRE: Y guarda ese paquete que me das asco.

LA MUJER: No le pegues. Mira como está. Entra, entra.

EL OTRO: No.

6.

*La casa de ella. Penumbras, desorden.*

LA MUJER: Que se tumbe en la cama. Yo voy por el algodón.

EL HOMBRE: Túmbate. ¿Cómo puedes andar con una mano de ella? ¿La mataste?

EL OTRO: ¡Es de cera! Yo no quiero estar aquí. Quiero estar con mis hijos.

EL HOMBRE: Están con sus abuelos. No puedes seguirte haciendo pajas con esas revistas. Y menos con una mano muerta. Tienes que estar con una mujer de verdad. Ella está como una buena yegüa. Es toda una hembra. Si no fuera tuya, me la tiraba yo, te lo juro.

EL OTRO: Pues tíratela. Te las tiras a todas. Siempre. Esperarás que yo me enganche con ella para quitármela.

EL HOMBRE: No. Te voy a ser leal. Te lo prometo. Yo que no he sido nunca leal a nadie. Te lo juro. Por la mano esa que andas trayendo. Por la mujer que

mataste. Por Dios. Mira lo que acabo de decir. Eso es mucho. Yo no lo nombro. Por amor a ti lo nombro. Porque me he apiadado de tí.

EL OTRO: No la maté.

EL HOMBRE: La mataste, aunque sea simbólicamente. Andas trayendo su cadáver en un paquete. Lo abres cada noche para hacerte una paja. Se acabaron las pajas. Se acabó tu vicio. Hazte hombre. Yo no me voy a meter. Te las vas a tirar tú ¿Me oyes? Tú. Yo ya he tenido suficientes mujeres. No quiero más líos. Quiero el perdón de Dios. Yo me voy a dormir una buena siesta en ese sofá mientras ustedes viven su luna de miel. Y mañana nos volvemos. Hasta amigos podemos ser. Podemos ir al cine a ver películas de esas que te gustan, las largas... Podemos rezar... Podemos ir a buscar el rostro de Dios...

*EL OTRO se resiste a tumbarse. EL HOMBRE lo empuja.*

EL OTRO: Yo no quiero tener amigos... No quiero ver a Dios...

LA MUJER: Aquí está todo. Sujétalo. No te muevas. Ya está. Como nuevo. Ahora, a la cama el bebé. Y tu paquete a la calle.

*LA MUJER arroja el paquete afuera.*

EL OTRO: ¡No!

EL HOMBRE: ¿No es de cera? ¿O es de verdad y tienes miedo que te la coman los perros?

EL OTRO: Es de cera.

EL HOMBRE: Ahí va estar mañana entonces. Intacta.

EL OTRO: Alguien se la puede robar. Tráela, por favor, tráela.

LA MUJER: Carlitos, venga conmigo.

*EL HOMBRE trae el paquete y lo arroja dentro de la habitación.*

*LA MUJER abraza a EL OTRO. Le hunde la cabeza en sus pechos.*

EL HOMBRE: Con su mamacita.

LA MUJER: Yo no soy su madre. No soy tan vieja.

EL HOMBRE: Lo dije en sentido figurado. Estás buenísima. ¿Sabes? Podríamos bailar.

LA MUJER: No, hay que dormir. Mañana trabajo temprano.

EL HOMBRE: Mañana no trabaja nadie. Nadie viene a tu bar. Nadie es tan loco como para hacer este viaje.

EL OTRO: Yo me voy mañana temprano.

EL HOMBRE: Pero no se duerme. Esta noche no se duerme. ¿Dónde hay un aparato de radio? ¡Música! ¡Las noches bailables! ¿Hay más cerveza?

*EL HOMBRE busca en el dial de la radio músicaailable. La encuentra y hace unos pasos de baile.*

LA MUJER: No, no tengo más cerveza.

EL HOMBRE: Que noche tan triste. ¿Por qué no bailamos? Los tres, bailemos.

*Toma a LA MUJER y a EL OTRO para sacarlos a bailar. EL OTRO se resiste. LA MUJER comienza a bailar sola.*

EL OTRO: Yo no bailo. ¿Me la quieres quitar? ¿Viste? Ya empezaste a lucirte. El bailarín.

EL HOMBRE: Bailemos, onanista. Los tres. Mira como baila esta mujer. Es una odalisca.

EL OTRO: Yo no bailo.

LA MUJER: Mírame bailar, pichón.

*EL HOMBRE se sienta junto a EL OTRO y aplaude a LA MUJER.*

EL HOMBRE: Bravo, sigue bailando, corazón. ¡Qué caderas! ¡Y se está sacando la ropa! Esto se pone caliente, caliente, caliente. Amigo, tu noche está comenzando. Dale un manotón a esas tetas. Que te las pone a huevo, cabrón. Vamos, abrázala. Idiota, baila con ella.

*LA MUJER toma a EL OTRO.*

LA MUJER: Ven, baila, no seas maricón.

EL OTRO: No soy maricón.

*LA MUJER consigue bailar apretado con EL OTRO. EL HOMBRE lo empuja.*

EL HOMBRE: ¿Ves que bailas muy bien? Así, abrazaditos los dos. Así los quería ver. Si no estuviera tan borracho me hacía una paja de puro mirarlos. Este es un regalo de Dios, amigo. Esta mujer es un ángel. Gracias, Dios, por este milagro.

LA MUJER: Cállate, que nos desconcentras...

EL HOMBRE: Yo estoy de más aquí. Tengo ganas de orinar otra vez. ¿Dónde está el baño? Bailen este bolero.

*EL HOMBRE sale de la habitación. Se le escucha orinar en el baño. Vuelve al cuarto.*

EL HOMBRE: La canción más romántica de una noche de amor que recién comienza. ¿Siguen vestidos? Sácate la ropa, pájaro raro.

*Comienza a quitarle la ropa a la fuerza a EL OTRO.*

EL OTRO: Déjame tranquilo. ¡No quiero sacarme la ropa! ¡Tengo frío!

LA MUJER: Yo te quito el frío.

EL HOMBRE: Te sacas la ropa. Aquí todos nos vamos a sacar la ropa. En pelotas, todos.

LA MUJER: Yo te ayudo, mi lindo.

*Forcejeos para desnudar a EL OTRO mientras LA MUJER y EL HOMBRE quedan en ropa interior.*

EL HOMBRE: Eres una madre. Toda una madre. Por eso te arrancaste. Los hombres te hacen daño. Se aprovechan de ti.

EL OTRO: No quiero sacarme la ropa. Devuélveme mis pantalones.

*EL HOMBRE los arroja fuera de la casa con el paquete.*

EL OTRO: No seas desgraciado. Mi ropa, mis cosas.

EL HOMBRE: Te la sacas. Hazte hombre. ¿Cómo quieres que una mujer se quede contigo? No sabes ni tirártelas.

EL OTRO: ¿Te burlas de mí?

LA MUJER: Amorcito, no me deje sola. No hiera mi corazón, ya le dije, de un momento a otro sangrará. Venga, abra mis heridas.

EL HOMBRE: La estás haciendo llorar. Se enamoró de ti. Ya, abrázala, imbécil. Ven, mujer, entre los dos. Desnudo. Eso es. Desnudo. Los dos desnudos.

Preciosos. Lo más lindo del mundo. No te pongas a llorar ahora, maricón.

LA MUJER: Amorcito, no llore, si está conmigo.

EL HOMBRE: Si no quiere tirar contigo, yo me ofrezco...

LA MUJER: Contigo no quiero nada, déjame con él...

EL HOMBRE: Te gustan los débiles...

EL OTRO: No soy débil...

EL HOMBRE: Eres un miedoso... Tu mujer por supuesto que se fue con otra...  
*EL OTRO le lanza un golpe en el pecho a EL HOMBRE.*

EL HOMBRE: ¡Hey! Ese puñetazo dolió...

EL OTRO: Eres una mierda

LA MUJER: No peleen, por favor, no peleen...

*EL HOMBRE se pone en guardia para boxear.*

EL HOMBRE: Atrévete, peso mosca, que te voy a dar la paliza que te estás buscando...

EL OTRO: Si quisiera te mataba con un gesto...

EL HOMBRE: Ya, Superman, a ver esa súper fuerza...

LA MUJER: ¡Cuidado con la lámpara!

*EL OTRO se pone en guardia al estilo oriental y le da una patada en el cuello a EL HOMBRE derribándolo. Se queda en pie, mirándolo como un aguilucho, siempre en guardia. La lámpara se ha roto con la caída de EL HOMBRE.*

EL HOMBRE: Mierda, me pegaste fuerte. Este maricón sabe karate...

*LA MUJER recoge la lámpara.*

LA MUJER: La rompieron entera... Mi única lámpara...

EL OTRO: ¿Quieres seguir combatiendo?

EL HOMBRE: Ya entendí, ya entendí...

EL OTRO: ¿Entiendes por qué arranco? Soy un arma blanca. He matado...

LA MUJER: ¿Matado? ¿A otro hombre?

EL OTRO: O a otra mujer. ¿Importa ahora?

EL HOMBRE: La mano es de verdad.

EL OTRO: Es de cera. Te lo dije. Yo mismo le saqué el molde. Trabajo en eso. ¿Crees que no sabía que mi mujer tenía amantes? En mi propia casa la encontré. Le lancé este mismo golpe. Pude haberte matado. Ella se puso a gritar como una cerda. Ella misma escondió el cuerpo. Se avergonzaba entonces de sus amores. Como tú. Eso no importa ahora. No me tocan. Ninguno de ustedes me toca. No se acerquen. Quiero mi ropa.

EL HOMBRE: Este cabrón es peligroso...

EL OTRO: Claro que soy peligroso...

LA MUJER: Yo solamente quería ser cariñosa...

EL OTRO: Lo sé... Me duele tu cariño... ¿Entiendes? Hace mucho tiempo que nadie me hace cariño... Nadie... Nadie... ¿Me entiendes ahora?... Mucho tiempo...  
*Se le quiebra la voz.*

LA MUJER: No llores...

*Trata de abrazarlo. El no abandona su posición de combate.*

EL OTRO: No estoy llorando...

LA MUJER: Ven... ven...

EL OTRO: ¿Querían hacerme llorar? Lloro. Lloro a gritos. Hace mucho tiempo que una mujer no me besa ni me abraza. ¿Eso querían saber?  
*Ella lo abraza. EL HOMBRE se frota el golpe recibido. EL OTRO solloza.*

EL OTRO: No... No...

*LA MUJER lo besa largamente.*

EL HOMBRE: La mano es de verdad. Se la van a comer los perros.

*LA MUJER monta sobre EL OTRO haciéndole el amor.*

EL HOMBRE: Es un sucio asesino. Casi me matas, desgraciado.  
*LA MUJER alcanza el orgasmo. EL OTRO la besa llorando. LA MUJER también llora.*  
EL HOMBRE: Tengo el cuello roto. Asesino. Me di cuenta en el vagón que eras un asesino. Dios no me perdona. No me perdonará nunca. Me cago en Dios y sus infinitas vírgenes y sus santos pederastas.  
*LA MUJER y EL OTRO están abrazados. EL OTRO la acaricia mirando al infinito.*  
EL HOMBRE: Ya van a venir los perros. La van a oler y vendrán. Las hienas. ¿Hay hienas en Australia? ¿Chacales? Dingos tienen. ¿O es de cera? Igual. Loco pervertido. Andar con la mano de tu mujer en un paquete lleno de pornografía. ¿Ya tiraron?  
¿Se sienten mejor? Yo me haré una paja con la mano de tu mujer.  
EL OTRO (*casi sin emoción*): La tocas y te mato.  
LA MUJER: ¿Me haces de nuevo el amor, Carlos? Te amo, te juro que te amo.  
*EL HOMBRE se pone de pie y sale de la casa.*  
*LA MUJER y EL OTRO hacen el amor, esta vez suavemente.*  
*Se escucha afuera orinar a EL HOMBRE.*

7.

*La casa. La mañana. Muy temprano. EL OTRO en brazos de LA MUJER. EL HOMBRE de pie, vistiéndose.*

EL HOMBRE: Me duele la cabeza. Y me duele el golpe de este hijo de puta. Tenías un arma, lo sabía. Siempre me pasa lo mismo. Me confío en exceso de la gente. Con las mujeres, con los hombres. Con Dios, sobre todo con Dios. Viejo maldito, más encima es inmortal, más encima está en todas partes, más encima no se deja ver. ¡Dios! ¡Dios! ¡Estoy en Australia! Estoy seguro que voy a recuperar el dinero prestado, estoy convencido que las voy a poder querer para siempre. Y fracaso. Contigo sentí algo raro. Que eras una sombra peligrosa. Que traías algo entre manos. Te hacías la mosca muerta y eras el asesino del vagón. Yo portándome como si dominara todo y soy el perdedor. Siempre me pasa lo mismo. En el poker me despluman. No me doy cuenta que ya están todos de acuerdo. En el billar se dejan ganar y me confío y subo las apuestas y me dejan limpio, totalmente en bancarrota. El último golpe tuyo fue feroz. Mira como tengo el ojo. No te acerques, mujer.  
*LA MUJER y EL OTRO se visten.*  
LA MUJER: ¿Carlos? ¿No quieres quedarte conmigo en Australia?  
EL HOMBRE: Ya tengo bastante de besos y abrazos por el resto de mi vida. Quédate con él. ¿Durmieron bien juntos? ¿Hicieron el amor? ¿O no se le para? No he dicho nada, perdón. Este es un perro rabioso, la ira de Dios. Un mal ángel.  
LA MUJER: Carlos... Yo podría amarte... De verdad...  
*EL OTRO sale y vuelve con el paquete deshecho y húmedo.*  
EL OTRO: ¡Orinaste mi mano! ¡Asqueroso!  
EL HOMBRE: Asqueroso tú. Asesino asqueroso. Escucha esa mujer de verdad.

EL OTRO: ¿Sabes cuánto tiempo llevo esta mano conmigo? ¿Sabes cuánto tiempo la conservo?

LA MUJER: ¿Prefieres esa mano a mi amor? Siempre es lo mismo. ¡Vete! ¡Sal de esta casa, depravado!

*LA MUJER toma toda la ropa de EL OTRO y la tira a la calle.*

*EL OTRO recoge lo que puede y vuelve a entrar.*

EL OTRO: Perdona, pero es que tú no sabes lo que es esta mano...

LA MUJER: Un asco, eso es, un asco.

EL OTRO: Es lo único que tengo...

LA MUJER: Yo te ofrezco todo... ¡Todo! ¿No te gustó mi amor? ¿Mi cuerpo? Eres como todos los hombres. Un loco, un depravado. Alguien que esconde algo raro y oscuro en su cabeza. No abres tu corazón. Cierras tu pecho. No te dejas tocar. Tira esa mano, esas fotos repugnantes. ¡Quédate conmigo! Mi corazón se abre.

Piedad, por lo menos piedad. ¿No te gustó el amor? ¿No te gustó mi amor?

EL OTRO: Tu amor me hace daño. ¿No entiendes? Es mucho amor. No estoy acostumbrado. He estado demasiado tiempo solo. Demasiado tiempo. Tal vez vuelva. Tal vez vuelva a tomar el tren y vuelva a buscarte. Te lo prometo.

Déjame sentir que no me hieres.

LA MUJER: Tú me estás hiriendo. No te creo. No puedo creerte.

EL OTRO: Créeme, por favor, créeme. Sentí tu amor. Lo sentí.

LA MUJER: ¿Y ese asco que llevas? ¿Qué es?

EL OTRO: Esta mano no me falla nunca. ¿Me entiendes? Nunca me hieres.

*EL HOMBRE se la arrebató y la lanzó fuera, lejos, a la calle.*

EL HOMBRE: Tu furia sí que es peligrosa. La has hecho pedazos. Y a mí. Casi me matas. Nadie más peligroso que un animal herido.

*EL OTRO sale a buscar su paquete.*

EL HOMBRE: Estoy cansado de perder. Creí que él era el perdedor de la jornada y me estaba divirtiendo. Le estaba preparando una noche de amor, absolutamente generoso. No había ninguna mala intención. ¿Dónde vas, mujer?

LA MUJER: A abrir el café. ¿Qué más? ¿Alguna otra trampa? ¿Tu amor, ahora? ¿Que lo pruebe? ¿Cuál es tu navaja?

*Entra EL OTRO atesorando su paquete.*

EL OTRO: Espérame. Déjame explicarte.

LA MUJER: No me acerques ese paquete asqueroso.

EL HOMBRE: ¿Y tú, lince? ¿Dónde aprendiste a estropearlo todo? ¿Tan mal te trataron? ¿Dónde vas ahora?

EL OTRO: De regreso.

LA MUJER: Vamos, que tengo que cerrar la casa.

EL HOMBRE: ¿Qué tal es en la cama?

LA MUJER: Mejor que tú, eso seguro.

EL HOMBRE: Hoy no es mi día. ¡Chico! ¿Por qué tan callado?

LA MUJER: No lo molestes más.

EL HOMBRE: No lo estoy molestando. ¿Lo he molestado acaso? ¡Sólo quería que se divirtiera! Me daba pena verlo en el viaje, solo, triste. Me conmovió su historia.

EL OTRO: No me hables más.

EL HOMBRE: Hombre... Deberías tirar ese paquete. Yo regreso solo.

EL OTRO: Te dije que no me hablaras más...  
LA MUJER: Mejor le haces caso... ¿Vamos?  
EL HOMBRE: Vamos.  
LA MUJER: ¿Te pongo otro algodón en la nariz?  
EL OTRO: No.  
LA MUJER: ¿Por qué no te deshaces de esa cosa?  
EL OTRO: No sé. Tal vez.  
LA MUJER: Bueno. Se tienen que ir. Es mi casa. ¿No te quedas?  
EL HOMBRE: Estás loco, Carlos.  
EL OTRO: ¿Y mis hijos? ¿Me dejas ir por ellos?  
LA MUJER: Si tiras ese paquete.  
EL OTRO: ¿No me harás daño?  
LA MUJER: ¿Quién le hizo daño a quién?  
EL HOMBRE: Contesta eso, guapo. ¿La viste llorar? Suelta esa mierda.  
*Forcejean por el paquete. EL OTRO se deja perder.*  
*EL HOMBRE huye con el paquete.*  
EL OTRO: ¿Dónde va? ¿Qué hago ahora?  
LA MUJER: Tú sabrás. Yo tengo que abrir el café.  
*Salen. LA MUJER cierra la puerta.*

8.

*La carretera. El sol naciente. LA MUJER y EL OTRO. Ella lo toma de la mano, del brazo. EL OTRO se suelta, se deja hacer, se separa, vuelve a dejarse tomar. Mira a lo lejos. Se escuchan ladridos.*

LA MUJER: Este calor es una mierda. Ni el viento lo calma. Es todo el día así. No llueve nunca. Ni una gota. Salgo todas las mañanas muy temprano porque después es peor. Es lo peor que puede pasarte. Al comienzo prefería dormir pero me tocaba el sol más duro al caminar hasta el café. Nunca más lo he hecho. Prefiero no dormir y salir de madrugada. Llegaba mojada de sudor, sucia por el polvo y el viento. No hay nadie que te ayude ni nada que te proteja. Probé con un paraguas y me lo destrozó el viento. Probé con un sombrero y fue lo mismo. Lo único era el breve frescor de la mañana. Un poco antes que salga el sol. La primera luz. Era como una salvación. Y luego quedarse en el café hasta que anocheciera. Ya vieron que no baja tampoco mucho la temperatura. Esta tierra es un castigo. Nadie sabe cómo llamarla. Algunos le dicen Australia. Mi jefe le dice el culo del mundo. Siempre llegan extraños, viajeros errantes. Nunca se quedan el tiempo suficiente para enamorarme de ellos. Eso me gusta de este sitio. Aquí puedo protegerme. Pasar la noche con un hombre y no saber nunca más de él. Eso es bueno. Recibo cartas de la bestia de mi ex marido pero él no sabe que las leo. Podría no leerlas pero me gusta hacer recuerdos. Buenos y malos. Me gustan los recuerdos. Ningún otro hombre me ha escrito. ¿Te conté que una vez un comerciante turco me dejó embarazada? Perdí la cría

espontáneamente, sin hacer nada. Quería tenerlo. No tenía padre pero ¿quién necesita un padre? Los padres solo estropean las cosas.

EL OTRO: No estoy de acuerdo.

LA MUJER: Tú eres un tipo especial. Parecías un hombre común y corriente y resultaste alguien especial. Podría enamorarme de ti. Me gustaría cuidar de tus niños. Me iría de regreso contigo. Me quedaría para siempre si quisieras. Te dejaría elegir. Si me lo pidieras volvería. Si me lo pidieras te esperaría. Es la única vez que he sentido algo así. Eres tan vulnerable como yo. No me das miedo. ¿Quieres que me vaya contigo?

EL OTRO: No.

LA MUJER: ¿Qué miras?

EL OTRO: Mi paquete. Se lo ha arrojado a los perros.

LA MUJER: ¿Quieres quedarte conmigo?

EL OTRO: Es una mierda. Traidor.

LA MUJER: Yo te esperaría. ¿Sabes? Te esperaría. Tú no me harías daño.

EL OTRO: Sabes que eres lo único que tengo ¿no? Sabes que eso me aterroriza, lo sabes.

LA MUJER: No, te amo.

EL OTRO: Me puedes destrozar. Como los perros a mi mano.

*LA MUJER lo abraza. EL OTRO corre gritando hacia el lugar donde está EL HOMBRE.*

EL OTRO: ¡Infeliz! ¡Traidor! ¡Ojalá que alguna vez te den por el culo! ¡Que te maten! ¡Que te coman los perros!

9.

*El café. LA MUJER abre las ventanas.*

EL HOMBRE: Tengo muy poco dinero. Creo que me alcanza apenas para el viaje de vuelta. No puedo pagarte el café. Si me lo regalas es cosa tuya. Este hombre casi me mata. Y tengo que viajar con él todas esas horas hasta llegar a una casa de la que voy a huir enseguida.

*LA MUJER les sirve café.*

EL OTRO: Gracias

EL HOMBRE: Espero que no nos volvamos a encontrar. Al final uno siempre se enfrenta a su asesino. Este hombre es mi muerte. No estoy hablando contigo. No me mires así. Te hablo a ti, mujer. Eres una buena persona. Eres la mejor de los tres. Yo todavía tengo que huir mucho. No me quedo contigo porque no me lo pides. Y no me lo pides porque sabes que te traicionaría tarde o temprano. Por otra. O sencillamente por irme lejos. Se lo pides a él. Y no te equivocas. Sólo que es demasiado tarde. Tiene rota la cabeza, el alma. Está partido en dos. Yo no, a mí no me dices nada. Llegarían aquí mis acreedores. ¿En qué me puedo ganar la vida en un sitio como este? Me duele la tripa pensar todo lo que tengo que trabajar para poder pagar mis deudas. Mi hermano me ha prestado un pastón. Y mi padre. Y mis amigos. Y los bancos que me miran con desconfianza. Y alguna

mujer que me ha querido. A veces lloro, a gritos lloro. De verdad, a veces no doy más y me acuerdo de la voz de mi padre hablando con mi abogado. Me dan ganas de pegarme un tiro. O largarme y convertirme en otro. ¿Qué me queda por perder? Ya hipotecué la vida entera. Ya no tengo más salida que trabajar en lo que venga. Los usureros me siguen, me dejan mensajes, me llaman por teléfono todos los meses. He perdido el gusto del sexo, de la buena vida. Por eso viajo hasta el final de la línea. Busco el tramo más largo, donde no llegue nadie. Durante un momento me siento libre. Como si hubiera conseguido saltar por encima del horizonte. Pero sé que tengo que volver. Tengo que trabajar. Me encontrarían, vendrían a romperme las piernas. Me han amenazado. Hubo una época en que yo fui feliz. Con mi hija hablábamos mucho. Ella era mi vida. Es la mujer que más he querido. ¿Les conté de la viajera? La podría querer más pero se esfuma. No puedo entender que otra persona me quiera. Ella incluso. No la entiendo. No soy una buena persona. Cuando se tomó las pastillas la entendí. Si no hay nadie en el mundo que te quiera. Mi hermano, mi padre. Es cosa de dinero. Soy injusto, pero no me hablan de otra cosa, no me llaman por otra cosa. Soy la oveja negra de la familia. Dios pudo ser más clemente conmigo. Pero dejó caer su crueldad infinita sobre mi ser. A lo mejor tardarían si me quedara aquí, pero llegarían. Y que me destrocen el cráneo de una buena vez por todas y que los bancos se queden con la boca abierta y que me perdonen mi padre y mi hermano. Mi hermano es el que me da más pena haberlo herido. Es mi hermano pequeño. Abusé de él toda la infancia. Mi padre tuvo su historia. Está enfermo. Ve poco, escucha menos. Tiene en el corazón un marcapasos. Se ha arrepentido de todo. Pero yo ¿qué hago? ¿En qué gasté todo ese dinero? Lo único que tengo son libros, cerros de libros. Salí con mujeres pero tampoco fue tanto. No sé cuándo fue que estuve endeudado sin remedio. Gracias por el café. ¿No quieres que me quede?

LA MUJER: No.

EL HOMBRE: ¿Y tú, campeón? ¿Tampoco?

*Pausa.*

LA MUJER: ¿Te quedas?

EL OTRO: No.

LA MUJER: ¿Volverás?

EL OTRO: No sé.

EL HOMBRE: Habría sido un final feliz. ¿Por qué no te vienes con nosotros, mujer?

LA MUJER: Ya no puedo. Ya pasé una noche con ustedes. Ya comenzaría a extrañarlos. Déjame así. Estoy bien. No morí. Mi corazón no estalló. No era el minuto señalado. No estaba marcado en mi destino.

*Solloza.*

EL HOMBRE: Estás llorando.

LA MUJER: Quiero que se vayan. En cualquier momento parte el viaje de vuelta. ¿O se quieren quedar aquí?

EL HOMBRE: Yo no. Yo espero ver a mi mujer. Es la única que he querido. Loca la vida. Yo que tanto hice esperar, que tanto abandoné, ahora me toca a mí estar esperando.

LA MUJER: ¿Y tú? ¿No te quedarías conmigo?

EL OTRO: No.

*Pausa. EL OTRO se pone de pie y da un paseo, inquieto. Parece tragar un nudo en la garganta.*

EL OTRO: ¡No! Ya me lo dijiste ¡Ya me lo dijiste! ¿No te das cuenta que si pudiera contestarte lo haría? ¿Quieres la verdad? Te digo la verdad: ¡Te amé! ¡Anoche te amé! Toda esta puta noche australiana te amé. Estoy totalmente desarmado. Estoy sangrando de todas mis heridas. Solo me quedaba esa mano y este loco la ha lanzado a los perros. ¿Soy un loco? Lo he sido. Esta noche de mierda dejé de serlo. ¿Sabes cuánto duele dejar de estar loco? ¿Sabes cómo duele la esperanza? No sentía algo así hace años. ¡Años! ¡Tengo más miedo que nunca! ¡Me puedes hacer trizas con un gesto! ¡A mí! Un desaire y me desarmo como un trapo. ¡A mí que podía matar con un golpe! ¿Estás contenta? Estoy roto. Mal herido. Apenas puedo mantenerme en pie. ¿Quién soy ahora? Un hombre partido en dos. Ni siquiera sé tu nombre, mujer, y te amo. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Odio amarte! ¡Yo ya no amaba a nadie! ¡A nadie! Ustedes dos me han destrozado mi fortaleza, mi escudo, mi armadura. "Australia". Tenías razón tú, idiota, no debí haberme subido a tu vagón. Era "tu" vagón. Te habrías encontrado con ella. Habrían hecho el amor. Sexo casual, seguro, sin remordimientos ni recuerdos. ¿Qué hago yo ahora? ¿Qué hago?

LA MUJER: No te lo pediré de nuevo.

EL OTRO: No sabría qué contestarte.

LA MUJER: Vete, por favor. Esta vez te lo pido de todo corazón.

EL OTRO: No.

EL HOMBRE: Vamos a perder el tren.

EL OTRO: ¿Y si quiero perderlo? ¿Y si esta vez quiero perderlo?

EL HOMBRE: No lo sabes.

LA MUJER: Vete, por favor. No me busques, no me hables, no me llames, no me escribas, no regreses. Por favor.

EL OTRO: No.

EL HOMBRE: Vamos a perder el tren.

EL OTRO: No.

10.

*El andén.*

EL HOMBRE: ¿Quieres que te hable en el viaje de vuelta? Es largo. Hemos llegado demasiado lejos. ¿Me perdonas?

*Pausa. EL OTRO lo mira a EL HOMBRE antes de contestarle.*

EL OTRO: No sé.

*Pausa. Se siente la proximidad del tren.*

EL HOMBRE: La mano era de verdad ¿No es cierto?

EL OTRO: Ya no importa. ¿A quién le importa?

EL HOMBRE: Confieso que me da miedo viajar contigo. Dios me ampare. Por esta vez que sea.

*Pausa.*

EL HOMBRE: No me oye. Se hace el sordo. Como siempre.

*El tren abre sus puertas.*

EL HOMBRE: ¿Subes?

*EL OTRO no contesta.*

EL OTRO: ¿Subo?

EL HOMBRE: No sé. Ni Dios lo sabe.

Marco Antonio de la Parra. Correo electrónico: [delaparra@entelchile.net](mailto:delaparra@entelchile.net)

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2013.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.

Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)

Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)